

## **2018: la ruptura del sistema partidario de la transición**

En diversos comentarios sobre la elección de 2018 se estuvo señalando que la elección sería histórica por la gran cantidad de puestos a elegir y por la que tendría el mayor listado electoral de todos los tiempos, cuando cerca de 90 millones podrían acudir a las urnas el primero de julio. Sin embargo, en la historia lo que habrá de perdurar es el realineamiento político electoral que aconteció en las urnas cuando los tres principales partidos que pactaron la transición de los años noventa, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), y que firmaron el pacto por México en el año de 2013, fueron literalmente avasallados por la coalición Juntos Haremos Historia en la elección presidencial y desplazados de la conducción del poder legislativo.

En México jamás se había presentado una quiebra electoral de tal magnitud, ya que desde que inició el cambio político en los años setenta, nunca hubo una modificación tan drástica del comportamiento electoral. Puede decirse que hubo una transformación paulatina con altas y bajas en los porcentajes de los partidos, pero nunca una elección en la que se modificaran de forma tan dramática los resultados. (Alarcón y Reyes del Campillo, 2016).

En los años cincuenta, a partir de la idea de elecciones críticas, V. O. Key construyó el concepto de “realineamiento”, con el cual indicaba que los electores eran capaces de reconocer y otorgar mayor importancia a ciertos procesos electorales. El desarrollo del realineamiento suele ocurrir en forma lenta, en términos vagos antes que en olas repentinas, pero se vinculan estrechamente con la idea de cambio en cuanto a la relación entre partidos y electores. Como patrón de cambio el alcance analítico del concepto de realineamiento es útil para diferenciar las condiciones en que se establecen las lealtades de largo plazo y que puede ser definido como una transformación en la base de apoyo de las coaliciones partidarias y, usualmente, como un resultado en la redistribución de apoyo electoral entre los partidos (Key, 1955) .

Un realineamiento es el lapso durante el cual la composición de las coaliciones partidarias se somete a cambios significativos, con mucha gente que anteriormente había estado afiliada o era leal a un partido, ahora se identifica o simpatiza con otro. Los realineamientos son precipitados por la emergencia de nuevos puntos de conflicto en la sociedad, acerca de los cuales el electorado tiene intensos sentimientos que mutilan las bases de apoyo de los partidos políticos. Los realineamientos partidarios incluyen no sólo cambios masivos en el comportamiento electoral, sino aún más importante, abruptas y permanentes transformaciones en el sistema de partidos cuando los electores se mueven para desechar los lazos con los viejos partidos y favorecer a otros distintos (Flanagan y Dalton, 1984).

Aunque la idea de realineamiento ha degenerado en un sobre uso para referirse a cualquier resultado electoral decisivo, cuando fue planteado por V. O. Key significó algo más que una gran victoria. Primero, un cambio en las lealtades partidarias, no simplemente apoyo electoral; segundo, una marcada variación en el balance electoral de los partidos; tercero, un cambio abrupto relacionado con una transformación de la estructura social; y cuarto, una modificación no sólo de las tendencias del voto, sino en el balance de poder entre los grupos e intereses (Crewe y Denver (1985).

En el proceso electoral de 2018 se presentó de forma tajante la disyuntiva de sostener o poner en duda el modelo neoliberal que se estableció en México desde los años ochenta. En ese sentido, el sistema partidario acusó recibo del dilema acumulado y de la crisis política en el país. El modelo neoliberal se propuso dismantelar el Estado de Bienestar e imponer a toda costa a mercado sobre el Estado, lo cual se desarrolló bajo la tutela de los mercados financieros internacionales (Crouch, 2012). En el caso mexicano fue muy clara la subordinación del Estado para permitir que el capital financiero se adentrara en los espacios de la economía pública, en las reformas energética, de telecomunicaciones, laboral y educativa, al abrirle espacios para la penetración de los capitales en nichos que anteriormente tenía vedados. Se estableció entonces un binomio entre el gran capital y los

funcionarios del Estado en el que se establecieron una serie de medidas por demás atractivas para los grandes consorcios.

La crisis del neoliberalismo en México precipitó la caída de los partidos que se habían beneficiado del modelo de dominación política que produjo la transición de los años noventa. La falta de resultados económico sociales, además de los graves problemas de corrupción e impunidad, trastocaron y pusieron en crisis las relaciones entre estos partidos y el grueso de los electores que habían sufragado por ellos durante dos décadas. Es un hecho que los referentes político sociales de la mayoría de los electores se transformaron, por lo que una nueva alternativa como Morena generó una gran expectativa para modificar de raíz el transcurso de la vida política nacional, el mismo modelo de desarrollo y la esperanza en una clase política diferente que no vea al país de forma patrimonialista, como negocio personal o de grupo.

Puede decirse que el sistema de partidos que produjeron los cambios de los años noventa terminó por agotarse (Reyes del Campillo y Hernández, 2006). Un sistema que en la práctica funcionó como un engranaje más del proceso de globalización y de la política neoliberal, pero que en la coyuntura de 2018 presentó la disyuntiva electoral de mantener el modelo neoliberal o establecer una propuesta diferente, de carácter nacional popular. En la elección los candidatos de los partidos de la transición se identificaron claramente con la opción neoliberal, mientras por otro lado aparecía una propuesta para revertir el proyecto económico y renovar las formas de negociación política. La alternativa para los electores no se redujo a escoger entre opciones partidaria neoliberales, sino también la posibilidad de acotar esa vía mediante una decisión en las urnas (Bartra, 2016).

### ***La intensidad del tsunami***

Al analizar los resultados de la elección mucho se ha dicho, al referirse a la victoria de López Obrador, sobre la presencia de un tsunami o de un terremoto que cimbró al país. Sin duda,

el triunfo fue contundente. No obstante, hay que matizarlo. Andrés Manuel López Obrador (AMLO) ganó en todas las entidades, con excepción de Guanajuato. Pero mientras en Tabasco su ventaja es de 73.13 puntos porcentuales, en Nuevo León es apenas de 2.03%. En Aguascalientes, Jalisco y Querétaro la ventaja es de apenas un dígito, pero en Morelos, Quintana Roo y Tlaxcala es de más de 50 puntos. De tal suerte, los resultados de la elección son un complejo rompecabezas que requiere de paciencia para armarse y tener conclusiones más certeras y objetivas. Puede decirse que a lo largo y ancho del país, no hubo una expresión homogénea en las urnas, sino hasta cierto punto un comportamiento electoral diferenciado.

De entrada es evidente que existe una primera diferencia en la votación de la elección de presidente y en las del poder legislativo. Entre la elección presidencial y la de diputados hay una volatilidad agregada de 13.91 puntos y de 12.86 en la de senadores. En la elección de diputados los partidos que apoyaron a López Obrador disminuyeron su votación en 9.61 puntos porcentuales, a los que hay que agregar los 4.27 que perdieron los candidatos independientes. Así mismo, hay que señalar que los puntos ganados no se dirigieron hacia ningún partido en particular, sino que se distribuyeron entre varios de ellos entre los que destacan el PRI, el PRD, el Partido Verde Ecologista de México y Movimiento Ciudadano, pero ninguno de ellos alcanza a aumentar tres puntos su porcentaje de votación en las elecciones para representantes al Congreso (véase **cuadro 1**).

El punto de partida general para explicar lo que sucedió con cada partido político son las interacciones del sistema partidario. Ciertamente, lo que unos pierden lo ganan otros, en particular Morena. La volatilidad electoral entre 2018 y 2015 fue a nivel nacional de 28.66 puntos porcentuales. Pero de esa cantidad el PAN, el PRI y el PRD perdieron 22.35%, que representan el 78%, lo cual indica que a estos tres partidos correspondieron casi cuatro de cada uno de los cinco votos que cambiaron de partido. Aún más, en el **cuadro dos** podemos observar que la caída de la votación de Acción Nacional viene de lejos, desde la elección de 2006 cuando Felipe Calderón se robó la presidencia. Lo más grave para este partido es que

desde entonces ha venido disminuyendo su votación en la elección de legisladores al pasar de 33.39% en 2006 a 17.93% en 2018. Esto es, ha perdido prácticamente la mitad de su porcentaje de votos. El descenso del PRI se puede apreciar desde 2009 y el del PRD desde 2012 o desde 2006 cuando tuvo como candidato a López Obrador. Puede señalarse que en esta elección casi todo el voto del electorado opositor, el de los ciudadanos que rechazan al régimen político, fue a parar a manos de AMLO y de Morena, quienes capitalizaron la caída de los tres principales partidos, PAN, PRI y PRD.

No obstante, a lo largo y ancho del país, las pérdidas no son homogéneas sino bastante dispares, pues si observamos lo que sucedió en cada una de las entidades del país podemos observar con mayor claridad lo que aconteció con cada uno de los partidos. En efecto, el tsunami los sacudió a todos pero con diferente magnitud y con distinta intensidad de acuerdo con la entidad de la República. En el caso del PAN, a pesar de que tiene un descenso de su votación a nivel nacional, logró mejorar su porcentaje de votos en los estados en los que ganó la gubernatura en 2016, como son Aguascalientes, Chihuahua, Durango, Quintana Roo, Tamaulipas y Veracruz. Otros estados en los que gobierna como Baja California, Baja California Sur, Puebla y Querétaro se presentó una baja sensible de su votación. Estados como Sonora que perdió en 2015, o Campeche y Colima en donde estuvo cerca de ganar en ese año la gubernatura su caída fue estrepitosa, porque ahora los votos opositores al PRI se encaminaron hacia los candidatos de Morena.

Al revisar los resultados del PRI y compararlos con los de tres años antes, se observa que perdió votación, en términos porcentuales, en todas las entidades. Empero, las pérdidas van de 6.61% en el estado de San Luis Potosí hasta 25.78% en Nayarit. Otros estados con fuertes pérdidas fueron Chihuahua, Durango, Quintana Roo, Tamaulipas y Veracruz, que son precisamente las entidades en las que este partido perdió la gubernatura en el 2016. La caída de la votación del PRI entre 2015 y 2018 es de 12.70 puntos porcentuales, y hay que enfatizar que en 24 estados sus pérdidas son de dos dígitos.

En cuanto al PRD es de destacar que en 16 estados (la mitad del país) no alcanzó el umbral de votación de 3%. Sin duda, este partido salvó el registro por los votos que obtuvo en ocho entidades, Ciudad de México, Guerrero, México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, San Luis Potosí y Tabasco, aun y cuando la votación que obtuvo fue sensiblemente a la baja comparada con la elección de 2015, pues en Tabasco perdió más de 18%, en Guerrero 15%, en Oaxaca 14%, Michoacán 11%, en Ciudad de México 9% y en el estado de México 8%.

Otros partidos como el PVEM salvaron su registro por tener una votación bastante regular en todo el país con excepción de 8 estados en los que no alcanzó el 3%. Sin embargo, su votación fue bastante buena en Chiapas y en otros estados como Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas, que le permitieron asegurar su registro como partido político nacional. Movimiento Ciudadano no alcanzó el 3% de la votación en 20 entidades, pero con los votos obtenidos en Colima, Jalisco, Nayarit y Nuevo León logró mantenerse en la lid electoral. Nueva Alianza solamente rebasó el 3% en 10 estados de la República, por lo cual perdió su registro, lo mismo que Encuentro Social, partido que solamente en seis entidades alcanzó una votación por encima del 3%. Algo extraño pasó con este último partido, ya que al integrarse en la coalición Juntos Haremos Historia, tenía grandes posibilidades de alcanzar el 3%. Al parecer, esta fuerza política terminó dividida entre quienes se aliaron a la candidatura de AMLO y quienes se mantuvieron vinculados con las fuerzas del gobierno cercanas a Osorio Chong. Y aunque este partido perdió su registro electoral, fueron muchos los legisladores que alcanzó en la Cámara de Diputados y en la de Senadores al coaligarse con Morena y el Partido del Trabajo.

Comparada la votación con 2015 cuando incursionó por primera vez en un proceso electoral federal, las ganancias de Morena son en todo el país muy significativas. Los estados en donde su votación aumentó menos fueron Nuevo León, 15.60%, Guanajuato, 17.12% y San Luis Potosí, 19.03%. En otras 14 entidades sus ganancias fueron entre 20 y 30 puntos porcentuales; en 12 estados de entre 30 y 40%. En Nayarit fue de 42.32%, en Sinaloa de 40.06% y en Tabasco hasta 50.83%. Sin embargo, lo cierto es que su votación procede de

diferentes partidos en los distintos puntos del país. En Tabasco, por ejemplo, 17% proviene del PRI, 18% del PRD, 9% del PVEM y 7% de los demás partidos. En Nayarit 26% viene del PRI, 12% del PRD y 3% solamente del PAN. En Sinaloa son 9% del PAN, 13% del PRI, 2% del PRD y del PVEM, a los cuales hay que agregar la votación que obtuvo en 2015 Manuel Clouthier para ganar un escaño en la Cámara de Diputados.

Lo cierto es que todo el voto opositor al régimen a partir del hartazgo, evidenciado, reconocido y acumulado durante el proceso electoral, fue a parar a manos de AMLO y los demás candidatos postulados por la coalición Juntos Haremos Historia. Fue un vuelco electoral que se manifestó en todo el país como consecuencia de la crisis política que se desató a raíz del fracaso del pacto por México, y que de alguna manera fue el corolario de la política neoliberal que inició en los años ochenta, pero profundizada en los noventa, asumida por los gobiernos panistas del 2000 al 2012 y finalmente retomada por el sexenio de Peña Nieto. Las viejas lealtades se quebraron y el electorado encontró una alternativa con grandes expectativas y posibilidades de revertir el desastre de los últimos gobiernos. Eso es lo que hay detrás del cisma político electoral y que se evidencia con un fuerte realineamiento de buena parte de los ciudadanos.

Lo que cabe destacar es que en varios estados en los que la izquierda siempre había sido una fuerza meramente testimonial, Morena obtuvo una votación por demás significativa. Eso fue evidente en estados como Baja California, Campeche, Colima, Hidalgo, Nayarit, Quintana Roo, Puebla, Sinaloa y Sonora, en donde alcanzó votaciones bastante competitivas. Pero también logró resultados nunca imaginados ni esperados en Coahuila, Chihuahua, Durango, Jalisco, Querétaro, San Luis Potosí, Tamaulipas o Yucatán. Sus peores resultados son en Nuevo León y Guanajuato, pero aún allí no son nada despreciables. Más allá de la impresionante votación de AMLO, Morena también alcanzó en la elección de diputados muy buenos resultados en donde la izquierda ha tenido desempeños históricos como la Ciudad de México, Baja California Sur, Chiapas, Guerrero, el Estado de México, Morelos, Oaxaca, Tabasco, Tlaxcala y Veracruz.

Una manera de analizar los movimientos del voto de esta elección es observando los resultados del cuadro 2, e donde se aprecia con claridad la dimensión e intensidad de los apoyos que tuvieron globalmente los candidatos presidenciales en las 32 entidades del país. Ahí se presenta la votación de cada uno a nivel nacional, pero también el promedio que obtuvieron en las entidades, junto con la desviación que tuvieron sus resultados. El coeficiente de variación, que resulta de dividir la desviación entre la media o promedio estatal, nos permite analizar qué tan homogéneos o heterogéneos fueron los resultados de cada uno de los cuatro candidatos presidenciales en el país. Los datos nos dicen que, en el caso de Anaya, su desviación cabe 0.40 veces en su promedio, la de Meade, 0.29, la de AMLO 0.22 y la del “Bronco” 0.58 veces. Esa es la variación que tienen sus resultados a lo largo y ancho del país (Véase **cuadro 3**).

El tsunami si bien existió, no se presentó con la misma fuerza en todas las regiones del país, sino que se desarrolló de manera diferenciada. El castigo electoral no fue el mismo en todas las entidades del país, ni fue siempre para los mismos partidos. Desde luego, la pérdida recayó principalmente en los tres partidos que firmaron y se hicieron responsables del pacto por México, los cuales fueron a quienes los electores les retiraron su apoyo y la mayor cantidad de votos para pasárselos a Morena. Pero vale insistir en que si bien hubo un cambio drástico en las tendencias electorales, estas no son homogéneas sino bastante dispares a lo largo del país

### ***Competitividad y fragmentación del sistema partidario***

La competitividad es una dimensión que nos permite analizar la intensidad de la disputa político electoral entre las fuerzas políticas. Entre más disputadas son las elecciones y entre más se aproximen las posibilidades de triunfo de los diferentes adversarios en la contienda, las elecciones resultan más competidas. No es solamente el margen de victoria sino cómo se distribuyen los votos entre los diversos competidores en un proceso electoral. En efecto,



si existen varios contendientes con posibilidades de ganar aumenta la competitividad de un proceso electoral. Por otra parte, si un candidato despunta y ninguno de los adversarios logra poner en riesgo su triunfo disminuye sensiblemente la competitividad. En ocasiones el triunfo de un candidato resulta claro, aunque sus adversarios logran tener entre todos buena parte de la votación, por lo cual la competitividad se incrementa. En la elección de 2018 fue evidente que se presentó una amplia ventaja de un candidato y que los demás no lograron obtener una buena votación. Sin embargo, debe señalarse que los resultados no fueron homogéneos en todo el país.

La fragmentación es una dimensión que nos indica la intensidad de la distribución del voto de una elección entre los partidos y/o candidatos que compiten por los puestos de gobierno y representación. Entre mejor esté distribuida la votación de los partidos que participan en una elección, aumentará la fragmentación partidaria y, en la medida en que uno de los contendientes concentre la votación, la fragmentación tenderá a disminuir. Cuántos partidos compiten realmente en una elección, es lo que nos permite observar el índice para presentarnos el tamaño de la distribución del voto entre las candidaturas. Un indicador muy bajo de la fragmentación nos acerca a la idea de un sistema de partidos predominante, pero en la medida en que crece el indicador nos conduce a la idea de un sistema bipartidista o un sistema cada vez más plural.

La lectura de la disminución de la competitividad entre 2018 y 2015 y entre 2018 y 2012 debe analizarse tomando en cuenta la ruptura del sistema partidario y en particular por la sobrada victoria de López Obrador (véase **cuadro 4**). El dato significativo en el análisis de la competitividad de las elecciones presidenciales es la fuerte disminución, al reducirse casi en 20 puntos respecto a las elecciones de 2012. Desde los comicios de 1994 la competitividad nacional había aumentado, sin embargo, en la elección de 2018 hubo una fuerte reducción como resultado de que solamente en 12 estados la competitividad rebasó los 60 puntos mientras que en 20 estuvo por debajo de esa cifra. Sin embargo el enorme

resultado favorable a AMLO a nivel nacional no se correspondió ni fue necesariamente así en todas las entidades del país, sino solamente en un número determinado de ellas.

Con la contienda presidencial de 2018 se presentó un descenso abrupto de la competitividad al disminuir a 57.95 puntos a nivel nacional y una media estatal de 56.53 puntos. López Obrador ganó en 31 de las 32 entidades federativas del país y solamente fue superado por Ricardo Anaya en el estado de Guanajuato. Mientras AMLO obtuvo el 53.19% de la votación nacional, Anaya alcanzó 22.28% y José Antonio Meade 16.41%. Por su parte el candidato independiente Jaime Rodríguez Calderón, “el Bronco”, obtuvo 5.23% de los votos. En esta elección tanto el amplio margen de victoria del candidato de Morena como la escasa votación en varias entidades de los candidatos de las coaliciones Por Frente por México y Todos por México, llevaron significativamente a la baja la competitividad. Con la reducida votación de los candidatos opositores la competitividad disminuyó considerablemente en 18 entidades, aunque en las otras 14 tuvo un nivel que puede considerarse aceptable y hasta cierto punto equiparable en relación con procesos electorales anteriores. De esas 14 entidades, en doce la votación de López Obrador estuvo por debajo de los 50 puntos porcentuales y en varios de ellos como Aguascalientes, Jalisco, Nuevo León y Querétaro la diferencia con el segundo lugar (Siempre Ricardo Anaya) fue de un dígito.

En la elección de 2018, si bien Anaya obtuvo casi seis puntos porcentuales por encima de Meade, este último alcanzó el segundo lugar en 13 estados de la República, mientras Anaya además de ganar Guanajuato quedó segundo en 18 entidades. Lo que se puede constatar es que el segundo lugar, con escasas excepciones, quedó siempre en manos de la fuerza política que ejercía el gobierno en la entidad. Evidentemente, disminuyó la competitividad porque durante el proceso electoral ninguno de los dos contendientes logró desmarcarse claramente de su adversario, con lo cual los dos candidatos terminaron en su piso de votación. Anaya en dos estados (Chiapas y Tabasco) y Meade en 3 (Baja California, Baja California Sur y Tabasco) no alcanzaron a obtener 10 puntos porcentuales. Asimismo, Anaya

no alcanzó el 20% de la votación en otros 14 estados, mientras Meade no los alcanzó en otras 23 entidades. Cabe destacar, para comprender la baja de la competitividad, que en 10 estados (Colima, Guerrero, Hidalgo, México, Morelos, Nayarit, Oaxaca, Quintana Roo, Sinaloa, Sonora, Tabasco y Tlaxcala) ninguno de los dos opositores de López Obrador llegó a obtener 20% de la votación. En estos estados, con excepción de Colima (57.85%) y el Estado de México (54.39%), AMLO tuvo resultados por encima del 60%. Meade solamente supera el 20% de los sufragios en cinco estados, Campeche, Chiapas, San Luis Potosí, Yucatán y Zacatecas. Por su parte, Ricardo Anaya supera el 30% únicamente en Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Querétaro, los que resultan ser precisamente los estados con mayor competitividad.

Fue a fin de cuentas, la combinación de los resultados que obtuvieron los tres principales candidatos la que determinó, en buena medida, que en la mayoría de los estados y a nivel nacional se haya presentado muy bajos niveles de competitividad. Por un lado, fueron 13 estados en los que la competitividad estuvo por debajo de los 50 puntos y fue en aquellos en los que la votación de López Obrador se ubicó por encima del 60% de la votación y en donde la ventaja casi siempre rebasa 40 puntos porcentuales respecto al segundo lugar. En estos estados la competitividad es notoriamente baja porque la ventaja del ganador es muy amplia y la votación de los opositores tiende a dividirse. Hubo ocho entidades en las que la competitividad se situó entre 51 y 64 puntos, en los que la votación de AMLO no alcanza el 60% de los votos y su la ventaja se ubica por lo general entre 25 y 35 puntos. En este caso, la votación del ganador es alta, pero ningún opositor alcanza una buena votación. Puede señalarse que en estas hubo una competitividad intermedia. Finalmente fueron once estados en las que se superaron los 65 puntos de competitividad, en los cuales el ganador lo hizo con menos de 50% de la votación y la ventaja se ubicó siempre, con excepción de Durango, por debajo de los 20 puntos porcentuales. En estas entidades se presentaron los niveles más altos de competitividad en la contienda presidencial. Con estos resultados podemos apreciar que la competitividad en el país

resultó hasta cierto punto heterogénea, cuando encontramos entidades en las que la disputa se reduce al mínimo y cuando en otras la contienda es bastante fuerte.

Al analizar la fragmentación y sobre todo al compararla con las elecciones presidenciales de 1994 a 2012 (López Levi, *et al*, 2012) es evidente que hubo una sensible disminución. Ahora disminuyó a 2.73 puntos, cuando en el año 2012 había sido de 3.22, lo cual nos indica que mientras en 2012 claramente había más de tres contendientes reales disputando la presidencia de la República, en 2018 estuvo muy lejos de ser así. Sin embargo, hay un dato muy interesante en el análisis de los resultados de la fragmentación en los estados, ya que los doce que rebasan los 3 puntos, tuvieron un aumento significativo respecto a lo que sucedió en ellos en la elección de 2012. A fin de cuentas, son estas doce entidades las que permiten que el indicador no se reduzca sensiblemente y que de alguna manera se acerque a los tres puntos o tres fuerzas políticas teniendo presencia en la elección.

La disminución de la fragmentación no es entonces tan fuerte a nivel nacional, como lo que observamos en muchas entidades del país en los que con dificultades se rebasan los dos puntos. Lo que si observamos es que hay una desviación entre las entidades del país de más de medio punto que es resultado de las amplias variaciones que encontramos entre unas entidades y otras. El bajo nivel de fragmentación es entonces resultado del cambio tan brusco que presentaron los resultados electorales a favor de AMLO y la drástica disminución que tuvieron sus adversarios.

### ***Conclusiones tentativas***

Por lo pronto, en una primera aproximación de los resultados electorales, lo que se observa es que en una parte del país, particularmente en aquella en donde la izquierda nunca tuvo una presencia significativa, los indicadores nos señalan que hubo un aumento importante de las dimensiones del sistema partidario por la fuerza que alcanzó AMLO y las implicaciones de su candidatura. En otra parte del país, sobre todo en la que la izquierda

tenía ya una presencia importante, los resultados fueron tremendamente avasalladores y el electorado ejerció un fuerte voto de castigo a las fuerzas que representaban la alternativa neoliberal. Así mismo, hay otra parte del país en donde el voto de castigo es el mejor ejemplo del desgaste del viejo régimen político, en la que el electorado decidió en las urnas que es urgente un cambio de rumbo en el país.

Es evidente que se ha desarrollado en México un realineamiento partidario electoral en el que se han modificado intensamente las lealtades políticas entre los partidos y los electores. Lo cierto es que los partidos que condujeron la transición política de los años noventa vieron reducir drásticamente a sus simpatizantes y sobre todo a los ciudadanos que durante dos décadas les otorgaron su voto. El resultado electoral nos presenta de manera patente y ostensible que los ahora viejos partidos tendrán renovarse o morir en el intento. Así como en los años noventa partidos como el Popular Socialista, el Demócrata Mexicano, el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional y otros más, terminaron perdiendo su registro político, el mismo PRI, el PAN y el PRD tendrán que establecer algunas definiciones para disputar el poder a la nueva coalición gobernante. Es muy probable que estos tres partidos, dejando atrás sus supuestas diferencias ideológicas, terminarán estableciendo un polo en el ámbito derecho del espectro político.

Desde luego tienen muchos simpatizantes en el lado conservador de la geometría política, pero tendrán que cohesionarse a mediano plazo o, sus pruritos, terminarán retirándolos del escenario político. Hoy estos partidos se ubicarán como opositores al nuevo régimen político que se identifica por sus posiciones anti neoliberales y de una izquierda que se caracteriza por ser nacional y popular. A fin de cuentas, ambos lados del espectro tendrán que caminar en su construcción y definición, lo cual quiere decir que tanto la derecha como la izquierda deberán establecer sus propias coordenadas hacia el futuro inmediato.

Cuadro 1

## Volatilidad de los partidos políticos 2018-2015

	PAN	PRI	PRD	PVEM	PT	MC	NA	Morena	E Soc
2018	17.93	16.54	5.27	4.79	3.93	4.41	2.47	37.25	2.40
2015	21.04	29.24	10.84	6.92	2.88	6.10	3.73	8.35	3.31
Diferencia	-3.11	-12.7	-5.57	-2.13	1.05	-1.69	-1.26	28.9	-0.91

Fuente: Cuadro elaborado por el autor con base en INE, *Cómputos Distritales*, 2018

Cuadro 2

## Votación de diputados federales 2006-2018

Año	PAN	PRI	PRD	Suma
2006	33.39	28.21*	28.99**	90.59
2009	28.01	36.75	12.20	76.96
2012	25.89	31.93	18.35	76.17
2015	21.04	29.24	10.84	61.12
2018	17.93	16.54	5.27	39.74

Fuente: INE, *Atlas de Resultados de las Elecciones Federales 1991-2015*.

Cómputos distritales, 2018

\* Alianza por México

\*\* Por el Bien de Todos

Cuadro 3

## Resultados nacionales 2018

	ANAYA	MEADE	AMLO	BRONCO
Votación Nacional	22.28	16.41	53.19	5.23
promedio	21.02	16.49	54.45	5.17
desviación estándar	8.37	4.79	11.79	2.98
Coefficiente de variación	<b>0.3982</b>	<b>0.2905</b>	<b>0.2165</b>	<b>0.5764</b>

Fuente: Cuadro elaborado por el autor con base en INE, *Cómputos Distritales*, 2018

Cuadro 4

## Indicadores del sistema de partidos, 2018

Entidad	Volatilidad 18-15	Volatilidad 18-12	NP	Competitividad
AGUASCALIENTES	20.52	20.19	3.35	76.29
BAJA CALIFORNIA	35.16	36.29	2.19	45.69
BAJA CALIFORNIA SUR	39.23	42.80	2.19	45.38
CAMPECHE	29.73	34.18	2.29	49.51
COAHUILA	26.82	27.37	3.14	68.64
COLIMA	42.91	38.86	2.52	51.24
CHIAPAS	42.34	29.96	2.29	51.35
CHIHUAHUA	25.56	29.93	3.33	71.19
CDMX	20.77	13.73	2.46	54.27
DURANGO	30.90	30.02	3.10	66.36
GUANAJUATO	17.61	24.41	3.42	74.77
GUERRERO	38.31	19.42	2.23	45.74
HIDALGO	39.58	27.69	2.35	48.27
JALISCO	23.82	25.20	3.23	75.1
MEXICO	30.58	23.87	2.69	55.25
MICHOACAN	29.42	25.41	3.00	61.17
MORELOS	26.12	27.70	2.12	41.39
NAYARIT	45.38	34.51	2.12	43.08
NUEVO LEON	18.87	26.01	3.84	81.82
OAXACA	37.18	23.19	2.12	43.54
PUEBLA	29.39	24.00	2.56	53.11
QUERETARO	23.01	23.88	3.20	75.59
QUINTANA ROO	39.96	27.35	2.05	40.86
SAN LUIS POTOSI	18.46	22.06	3.43	71.38
SINALOA	35.24	41.06	2.15	44.62
SONORA	41.84	39.44	2.43	48.59
TABASCO	50.87	22.75	1.53	24.39
TAMAULIPAS	37.71	33.03	2.95	66.46
TLAXCALA	34.10	31.33	1.90	35.48
VERACRUZ	31.13	27.21	2.61	59.79
YUCATAN	22.70	24.97	3.26	74.83
ZACATECAS	24.98	26.51	3.03	63.57
promedio estatal	31.57	28.26	3.14	56.52
Nacional	28.66	24.72	2.73	57.95
Desviación estándar	8.62	6.60	0.5571	14.28
Coeficiente de variación	0.27	0.23	0.1774	0.2527

Fuente: Cuadro elaborado por el autor con base en INE, *Cómputos Distritales*, 2018  
La volatilidad 2018-2015 está medida con los resultados de diputados federales y la de 2018-2012 con la de los candidatos a la presidencia de la República.

## Referencias

Alarcón Olguín, V. y Reyes del Campillo, J. (2016). "El sistema de partidos en México: ¿una historia sin fin?". En Freidenberg, F. (ed.), *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*. México: IIJ-UNAM/INE.

Bartra, A. (2016). *Hacia un marxismo mundano. La clave está en los bordes*. México: UAM-Xochimilco/Itaca.

Crewe Ivor y David Denver (eds.) (1985). *Electoral Change in Western Democracies. Patterns and Sources of Electoral Volatility*. London y Sidney: Croom Helm.

Crouch, C. (2012). *La extraña no muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Flanagan, Scott y Russel J. Dalton, (1984). "Parties Under Stress: Realignment and Dealignment in Advanced Industrial Societies", *West European Politics*. Vol. 7, núm. 1,

Key, V. O. (1955). "A Theory of Critical Elections", *Journal of Politics*. Vol. 17.

López Levi, L., Reyes del Campillo, J. y Soto Reyes, E. "Dinámicas electorales en México 2012", López Levi, L., *et al*, *2012 Procesos políticos, continuidades y fracturas*. México: UAM-Xochimilco/Itaca.

Reyes del Campillo, J. y Hernández, T. (2006). "Partidos y sistemas de partidos en México. De la hegemonía al pluralismo". En Attili, A. (coord.), *Treinta años de cambio político en México*. México: UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa/Cámara de Diputados LIX Legislatura.